

TRADUCTOLOGÍA

El traductor con/como motivo de sí mismo. (Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra) (1)

Por Belén Santana

Una tendencia reciente dentro de la teoría de la traducción es lo que Dirk Delabastita, en un artículo publicado en la *Routledge Encyclopedia of Translation Studies* (2009), ha denominado el «giro ficcional» de los estudios de traducción. Se trata de la representación en obras de ficción, principalmente en la literatura y en el cine, de la figura del traductor y/o intérprete. Teniendo en cuenta que la traducción y la interpretación son actividades ya omnipresentes en la aldea global, no sorprende que sus protagonistas se hayan convertido en personajes de ficción, si bien el abordaje teórico de este hecho es ciertamente novedoso. El objetivo de esta serie de EL TRUJAMÁN es dar cuenta de esta reciente evolución en los estudios de traducción e ilustrarla a través de una novela poco conocida que considero todo un hallazgo para cualquier traductor o lector interesado en estas cuestiones: *El traductor* (1998), del autor argentino Salvador Benesdra.

Desde una perspectiva teórica, en un mundo marcado por conflictos transfronterizos que tienen su reflejo en la ficción, Delabastita destaca el papel de la traducción como elemento de misterio y de suspense: *The Greek Interpreter* (1893), A. Conan Doyle; *El código Da Vinci* (2003), Dan Brown, traducción de Juanjo Estrella González; como elemento retórico con valor humorístico: *Corazón tan blanco* (1992), Javier Marías y como una combinación de ambos: *Los negros del traductor* (2004), Claude Bleton, traducción de M.ª Teresa Gallego Urrutia, Miguel Sáenz, Andrés Ehrenhaus y Jesús Zulaika. El traductor como personaje puede ejercer de portador de un mensaje de vital importancia, por ejemplo en textos religiosos o de ciencia-ficción; de mediador entre culturas, como ocurre en la literatura denominada postcolonial, o bien desempeñar un papel de intermediario más modesto entre dos individuos, tal y como demuestran numerosas historias «pequeñas» situadas en ambientes multiculturales, en los que se producen encuentros entre viajeros, nómadas, expatriados, refugiados, etc. Por último, la traducción entendida como experiencia subjetiva e identidad personal, desprovista de una dimensión histórica transcendente, no deja de ser una metáfora de nuestra actual condición humana (que por cierto ha trascendido el ámbito de la Lengua y la Literatura para adentrarse en otras disciplinas como los Estudios Culturales, la Antropología, la Sociología e incluso las Ciencias Políticas, pero eso ya es materia para otro trujamán).

Es importante enumerar en este punto algunos componentes afectivos de la experiencia traductora que tienen su reflejo en la ficción. Continuando con Delabastita, el traductor es, ante todo, una persona de *confianza*, pues los interlocutores desconocen la lengua del otro y se encomiendan al traductor. Al mismo tiempo, éste hace un constante ejercicio de *lealtad*, ya que ha de mantener un difícil equilibrio entre la fidelidad al original y al receptor. El traductor oscila entre los polos de la *invisibilidad*, o cómo combatir la frustración ante la falta de reconocimiento social, y la *ambición social*, es decir, la tentación de usurpar el papel del autor original. También la *intraducibilidad* ocupa y preocupa al traductor ante las numerosas presiones existentes. Por último, la ficción aborda cuestiones como el *trauma* de vivir bajo el peso de las terribles experiencias que uno debe traducir, sobre todo en el caso de intérpretes en zonas de conflicto y, sobre todo, el aspecto de la propia *identidad*, es decir, cómo mantenerla en medio de una oscilación constante entre empatías y simpatías, de una continua necesidad de adaptarse al mensaje del otro, de la presencia permanente en un espacio intermedio. Todos estos temas se ven reflejados a través de múltiples lenguajes y en diversos géneros artísticos; tanto en obras de teatro, aforismos y diarios como en películas (*Lost in Translation*, 2003, Sofia Coppola) pero, sobre todo, son objeto de relatos y novelas, como veremos en la próxima entrega de la serie.

TRADUCTOLOGÍA

El traductor con/como motivo de sí mismo. (Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra) (2)

Por Belén Santana

Si bien toda reflexión sobre una novela merece siempre (o casi siempre) que se dediquen unas palabras a la biografía de su autor, en el caso de Salvador Benesdra y su obra póstuma *El traductor* (1998)¹ esto resulta inevitable, pues la una no se entiende sin el otro. Salvador Benesdra nace en Buenos Aires el 29 de noviembre de 1952 en el seno de una familia acomodada. En dos años cursa la carrera de Psicología (profesión que nunca llegó a ejercer) para luego impartir clases en la Universidad de Buenos Aires. Compagina estancias en Francia y Alemania con su militancia en el Partido Obrero y una intensa actividad sindical, y termina trabajando durante años como periodista especializado en política internacional para diversos medios argentinos, como *La Voz*, *La Razón*, *Página/12*, *El Porteño*, *El Periodista* o *Clarín*. Benesdra dominaba siete idiomas e incluso empezó a estudiar japonés. En el plano personal, su vida estuvo marcada por varias internaciones psiquiátricas e intentos de suicidio. Su obra consta únicamente de dos títulos: *El camino total*, una especie de libro de autoayuda inédito, y *El traductor* (1998), novela con la que fue finalista del Premio Planeta. Salvador Benesdra se quitó la vida en Buenos Aires el 2 de enero de 1996.

El anecdotario sobre este autor es profuso y apasionante. Cuentan quienes le conocieron (véase Garzón, 2002)² que no habló hasta los tres años y que de niño fue tartamudo, pero luego se convirtió en un orador brillante, un lector voraz y errático. A los doce años ya había terminado las obras completas de Lenin y, a los quince, convenció a su profesor de Literatura para que se afiliase al Partido Obrero. Benesdra fue un polemista profesional y un fracaso con las mujeres, y siempre se negó en rotundo a tener hijos. Sufrió numerosas crisis seguidas de fases de euforia, pero se tomaba con humor su propia enfermedad. Las versiones en torno a su muerte son confusas, pero lo cierto es que, poco antes de cumplir los cuarenta, dejó un autorretrato en vídeo y una novela inacabada, *Puntería*, antes de quitarse la vida cuatro años más tarde.

En lo que respecta a la obra, reproduciré aquí la acertada sinopsis interpretativa que hace Nora Avaro (2005):

«El traductor es el "ex trotskista" Ricardo Zevi, notorio alter ego de Salvador Benesdra, que relata, en una primera persona aluvional, y durante más de seiscientas páginas, una etapa especialmente crítica de su vida, empeñada en darse estrategias eróticas para "curar" la frigidez de su mujer, y gremiales para frenar los despidos de la editorial donde trabaja. Romina, la joven salteña, y Turba, la empresa progresista que en la década del 90 inicia sus eufemismos junto con su "reestructuración", son los dos continentes del planeta Zevi. De uno a otro va el protagonista, multiplicando de modo prodigioso planes de acción y de exégesis. En resumen, eso es toda la novela: crisis general de la mediana edad que precipita la crisis amorosa, la laboral, la ideológica, la económica, la política, en una concurrencia acabada entre el "individuo y la sociedad"». ³

Es importante reseñar que la novela fue rechazada por no menos de diez editoriales por no ajustarse a los criterios de mercado. Benesdra la escribió entre 1992 y 1994, y en 1995 recibió una beca para su publicación. No obstante, el libro no vio la luz en su versión íntegra hasta febrero de 1998, gracias al buen criterio del editor Elvio Gandolfo. *El traductor* se reeditó en 2003 y fue comparada con obras como *Rayuela*, al tiempo que Benesdra fue equiparado con autores como Döblin y Musil. La novela cae en el olvido hasta que en 2005 el director Oliverio Torre decide llevarla al cine. Para algunos, *El traductor* es «la gran novela realista de la literatura argentina post Roberto Arlt». (Avaro, 2005).

[Ver todos los artículos de «El traductor con/como motivo de sí mismo. \(Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra\)»](#)

(1) Benesdra, Salvador. 2003. *El traductor*. 2.ª edición. [1998] Buenos Aires: Ediciones de la Flor. | [volver](#) |

(2) Garzón, Raquel. 2002. *Mapa de un tesoro oculto. Homenaje a Salvador Benesdra*. *Clarín* del 30.11.2002.

<http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2002/11/30/u-00211.htm>. | [volver](#) |

(3) Avaro, Nora. 2005. *Salvador Benesdra, el gran realista*. En: *Boletín/12 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Rosario.

<http://www.elinterpretador.net/26NoraAvaro-SalvadorBenesdraElGranRealista.html> | [volver](#) |

TRADUCTOLOGÍA

El traductor con/como motivo de sí mismo. (Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra) (3)

Por Belén Santana

Los temas que Salvador Benesdra aborda en *El traductor* (1998) son muchos y todos de gran trascendencia, pero en esta serie me centraré en los aspectos relacionados con la imagen del traductor. En concreto hablaré de 'el traductor' como título; el traductor como puente entre ideas; la relación entre el traductor y lo que traduce; la relación del traductor con su editorial y la sociedad que le rodea y, por último, el traductor y la locura.

El hecho de que la novela no sólo esté protagonizada por un traductor, sino que éste figure incluso en el título, no es en absoluto casual, como bien ha reconocido Alejandro Rubio (véase Avaro 2005)¹. Como buen realista, una de las muchas obsesiones de Benesdra es trazar analogías constantes entre el individuo y la sociedad que le rodea, entre «mi» mundo y «el» mundo. A ello se presta en especial la figura del traductor, entendida como la de un buscador impenitente de equivalencias entre distintos códigos, que adquiere tintes casi redentores. Benesdra no deja ningún cabo suelto; prueba de ello es que hasta el nombre de su protagonista, Ricardo Zevi, es una alusión a Shabbetai Zvi², un estudioso de la cábala que en el siglo XVII fue proclamado mesías y acabó apostatando para convertirse al islam (como no podía ser menos, Benesdra también alude a su origen judío en la novela). Por último, la editorial para la que trabaja Zevi se llama 'Turba', otro nombre que, como veremos, es de todo menos fortuito.

La imagen del traductor como puente entre lenguas y culturas es de sobra conocida; no lo es tanto la dimensión que aporta Benesdra cuando presenta al traductor como un puente entre ideas que trascienden la propia lengua:

No pensaba en una salsa indiferenciada de concepciones, en un aplanamiento del relieve majestuoso de la creatividad humana. Pensaba en los puentes, en las transiciones, en las traducciones posibles entre una y otra religión o concepción, en las equivalencias que podían establecerse para que cada uno pudiera hablar esos diferentes lenguajes indistintamente y pudiera abordar la realidad estereoscópicamente desde varios ángulos simultáneos.

Porque ese políglotismo de las ideas era infinitamente más que uno de los idiomas. Los idiomas difieren sólo en la forma —y aun ahí ni siquiera tanto como parece a quien no los habla— los universos de ideas en los contenidos y aun en el ordenamiento de los contenidos comunes. Pero había que buscar las equivalencias, los puentes, las traducciones.

(Pág. 453)³

Este concepto del traductor como intermediario entre universos de ideas enlaza con la línea hermenéutica dentro de la teoría de la traducción, la cual postula que traducir es aprehender un original escrito en otra lengua; un proceso en el que no sólo es relevante el material lingüístico con el que se trabaja, sino también las experiencias y la creatividad del traductor como individuo. El original es concebido como un todo con el que el traductor entabla una relación dialéctica para intentar averiguar qué es lo que hay detrás. Esta trastienda del texto podría ser lo que Benesdra denomina «universos de ideas». Ahora bien, el enfoque hermenéutico no implica que el original tenga que ser víctima de la arbitrariedad de un traductor; más bien al contrario, se trata de que el traductor sea consciente del juego dialéctico y reflexione sobre él.

Precisamente eso, una reflexión crítica sobre el oficio de traducir, es lo que nos encontramos en la novela de Benesdra. Como veremos en próximas entregas, Zevi llega a obsesionarse hasta tal punto con lo que hace que no sólo bordea la locura, sino que acaba preso de ella. El traductor es representado como un superhombre nietzscheano que trata de dar sentido a lo que traduce, pero a la vez corre el riesgo de que lo que traduce le haga perder el sentido.

**Ver todos los artículos de «El traductor con/como motivo de sí mismo.
(Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra)»**

(1) Avaro, Nora. 2005. *Salvador Benesdra, el gran realista*. En: Boletín/12 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Rosario.

<http://www.elinterpretador.net/26NoraAvaro-SalvadorBenesdraElGranRealista.html>. | volver |

(2) Agradezco a Salvador Peña Martín, de la Universidad de Málaga, la amabilidad de facilitarme esta referencia. | volver |

(3) Benesdra, Salvador. 2003. *El traductor*, 2.ª edición. [1998] Buenos Aires: Ediciones de la Flor. | volver |

TRADUCTOLOGÍA

**El traductor con/como motivo de sí mismo.
Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de
Salvador Benesdra (4)**

Por Belén Santana

Uno de los temas más interesantes (y quizás menos estudiados desde el punto de vista teórico) que aborda Salvador Benesdra en su novela¹ es la relación del traductor con lo que traduce; con ello me refiero no tanto a la persona del autor, sino al texto original. Salvando todos los matices posibles, por lo general existen dos perfiles profesionales: el que podríamos llamar traductor todoterreno, que no puede (¿y acaso tampoco quiere?) permitirse elegir siempre lo que desea traducir, y el traductor selectivo, que en principio traduce sólo lo que le gusta. Esta relación plantea cuestiones apasionantes y poco canónicas como la identificación del traductor con lo que hace, la empatía e incluso una posible «objeción de conciencia» a la hora de traducir.

En la novela de Benesdra, al «ex trotskista» Ricardo Zevi, traductor todoterreno con puesto fijo en una editorial, le toca traducir un ensayo de Ludwig Brockner, un filósofo alemán de ultraderecha que defiende la democracia como «el sistema más seguro para garantizar el predominio de los superiores y la subordinación convencida de los inferiores» (p. 15). En otras palabras: el traductor ha de poner voz a su antípoda ideológico. Como sería de esperar, la tarea resulta cuando menos ardua:

Nada demasiado terrible le puede pasar en el trabajo a un traductor. Tres días atrás me habían encargado una traducción que parecía de rutina, pero que estaba terminando de remover las pocas coordenadas ideológicas que todavía me ayudaban a orientarme en el mundo. Eso era todo. Dudas sobre la editorial de izquierda, mi editorial, que me había ordenado el trabajo. Dudas sobre mis propias ideas. (...) Desde que había empezado a traducir a Broeckner todo se me aparecía por momentos bajo esas formas crudas y obscenamente simples.

(pp. 12-15)

A pesar de su aversión inicial, Zevi, sumido en una profunda crisis personal y profesional, agradece haberse topado con el texto sólo por exigencias del trabajo y tener la obligación de traducirlo:

(...) como quien vadea por determinada obligación un lodazal inmundado que algún pueblo primitivo considera lleno de misteriosas riquezas y lo hace con la oscura satisfacción de sacarse las dudas por sí acaso, por sí acaso alguna pizca de los mitos esconden una cuota de verdad. Y tradujiste:

(p. 40)

Incluyo el final de la cita para destacar que es la que separa los dos fragmentos del ensayo de Broeckner, «original»; (en alemán) y «traducción», que Benesdra incluye en poco más de tres páginas; es decir que, en este caso, la traducción es literalmente un personaje más de la novela.

Menos previsible es el hecho de que Zevi, presa de la desesperación que sufre en su vida personal, acabe fascinado por la lectura de Broeckner e incorpore lo traducido a su actuación, especialmente en lo que concierne a la conquista amorosa. Sin embargo, esta especie de catarsis que vive Zevi con respecto a lo que traduce culmina en cierto desapego: «Los días se confundieron en una sucesión apacible (...) de páginas traducidas con el distanciamiento profesional de quien ha dejado de creer que un libro puede torcer el rumbo de alguna cosa» (p. 112).

En esta novela la relación del traductor con lo traducido atraviesa por tanto tres etapas: aversión, contagio y desapego. Si bien la evolución está marcada por el carácter obsesivo y egocéntrico del protagonista y su azarosa vida personal, creo que Benesdra conoce de primera mano los entresijos de la labor traductora y acierta al plantear la responsabilidad del traductor frente a lo que traduce. Más aún, para Benesdra, dicha relación no termina con la traducción, sino que existe aún algo «peor»: la relectura.

Es muy diferente traducir que leer o releer. El esfuerzo de la traducción desensibiliza en cierta forma la conciencia y hace más tolerables algunas lecturas. Releer a Brockner fue un shock mucho más grande que traducirlo (p. 235).

**Ver todos los artículos de «El traductor con/como motivo de sí mismo.
(Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra)»**

(1) Benesdra, Salvador. 2003. *El traductor*. 2.ª edición. [1998] Buenos Aires: Ediciones de la Flor. | [volver](#) |

TRADUCTOLOGÍA

El traductor con/como motivo de sí mismo. Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra (5)

Por Belén Santana

Una de las líneas de investigación más prolíficas dentro de los estudios de traducción literaria desarrollados en los últimos años es la que se enmarca dentro del llamado «giro sociológico». Esta corriente analiza la traducción como una actividad social en la que intervienen varios agentes distribuidos en distintos niveles. Aunque desde la práctica los traductores contemplan este nuevo abordaje teórico con razonable escepticismo, es innegable que el traductor está adquiriendo cada vez más protagonismo en el proceso de producción editorial, dicho de otro modo: para bien o para mal, sus decisiones no están al margen de las condiciones y factores extratextuales que rodean su trabajo. Una vez más, la novela de Benesdra¹ nos presenta una certera radiografía ficcional de la relación entre un traductor y su editorial, en este caso intrínsecamente ligada a la realidad cultural argentina de los años ochenta y noventa.

La situación laboral de la que parte el protagonista, Ricardo Zevi, es un tanto peculiar, pues se trata de un «caso atípico de traductor asalariado, con sueldo no muy superior al anterior [de oficinista en la misma editorial], pero con el plus inocultable que crea el trabajo medianamente placentero» (Pág. 28). La editorial, llamada Ediciones Turba y progresista en origen, se funda tras la dictadura argentina y se sostiene gracias a las industrias agrarias que posee una rica familia de la ciudad de Córdoba. En lo que respecta a las traducciones, lo habitual es que se encarguen a profesionales externos mal pagados y que, a lo sumo, la editorial conserve lo que llaman un «supervisor de traducciones».

Desde el punto de vista sociológico es también interesante el relato de cómo Zevi, «con una historia de varias carreras empezadas y abandonadas a medio camino y trabajos de cadete o de pura ocasión en la enseñanza, lejos de toda actividad contable» (Pág. 27) sólo llega a ser «intermediario del lenguaje» por la puerta falsa, pues aunque domina cinco lenguas, carece de experiencia en el oficio. Así, es contratado primero como oficinista gracias a sus tajantes convicciones de izquierdas, condición sine qua non para los propietarios de la editorial, y más adelante asciende a traductor de plantilla. Sin embargo, Zevi sigue contemplando su labor con escepticismo y ansía «salir del trabajo casi mecánico y agotador de la traducción para dedicarme a leer y comentar los textos que debían publicarse, por un salario mucho mayor que el que se gana quemándose las pestañas para encontrar la palabra justa que sólo detectarán los lectores finales, jamás el editor que paga el trabajo» (Pág. 54).

A pesar de sus prometedores inicios, la editorial entra en declive durante los años posteriores a la caída del comunismo y Zevi es víctima de una degradación laboral: acaba arrimado en una mesa, dejan de darle trabajo y sus compañeros sólo se dirigen a él para que les traduzca textos privados, como instrucciones de ordenadores portátiles o licuadoras. El golpe de gracia se materializa en la llegada de Celeste, la nueva traductora, una joven con aires de modelo y diez años menor que sólo habla un idioma, a la que Zevi trata de aleccionar sobre los fundamentos del oficio en uno de los pasajes más divertidos de la novela.

Finalmente, Turba es adquirida por una editorial española que encarga los trabajos a sus propios traductores. Zevi decide aceptar la indemnización y empezar de cero como taxista. La siguiente reflexión final es, a mi modo de ver, una desoladora síntesis del papel del traductor en la sociedad argentina de ese momento:

En el año que llevo trabajando de taximetraero me pregunté mil veces cómo pude aguantar tanto tiempo en Turba, sabiendo que vivía en un país donde el lugar natural de un ingeniero, un arquitecto, un médico, un físico, un biólogo, un matemático o un traductor que no esté dispuesto a emigrar, está detrás del volante de un taxi, un lugar mucho más saludable que esa cruzada de estafa y experimento bucanero que habíamos conocido como empresa progresista.

(Pág. 365)

[Ver todos los artículos de «El traductor con/como motivo de sí mismo. \(Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra\)»](#)

(1) Benesdra, Salvador. 2003. *El traductor*. 2.ª edición. [1998] Buenos Aires: Ediciones de la Flor. | [volver](#) |

TRADUCTOLOGÍA

El traductor con/como motivo de sí mismo. Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra (6)

Por Belén Santana

Entre los variados aspectos que rodean la profesión del traductor, la novela de Benesdra¹ nos deleita con un encuentro entre Ricardo Zevi, traductor autodidacta y experimentado que habla cinco idiomas y Celeste, una chica de veinte años «con sólo un idioma bien sabido» (p. 324). En el momento en el que Celeste llega a Ediciones Turba para reemplazar a Zevi y comienza distribuyendo varios diccionarios por la mesa pelada, el lector sabe hacia quién se inclinará el fiel de la balanza. Además de destacar por su amarga ironía, este pasaje es todo un cursillo exprés sobre los fundamentos del oficio.

A pesar de que Zevi es plenamente consciente de que Celeste ha venido a sustituirle, decide ser gentil con ella y comienza entablando una conversación que reproduce en estilo indirecto y en la que aborda cuestiones como las particularidades de la lengua francesa:

Me dijo que traducía inglés, porque había hecho «toda la escolaridad» en ese idioma, y «francés más o menos», porque si bien había estudiado en la Alianza Francesa no lo había «practicado» mucho. Le dije que ambas formaciones podían bastarle. Pero que de todos modos no se confiara, porque el problema del «más o menos» en el francés podía ser peor que en cualquier otra lengua. Estaba por supuesto ya desde el siglo pasado el gusto de algunos franceses por los galimatías de los simbolistas. Pero a eso se había sumado en las últimas décadas el hecho de que a causa del vaciamiento conceptual provocado por los estructuralistas las ciencias humanas estaban haciendo en Francia del alambicamiento verbal su principal orgullo, y su único motivo de ocupación, como si asumieran un viejo deseo tapado de los intelectuales franceses más mediocres de imitar y superar las complicaciones gramaticales de sus eternos rivales alemanes, quienes sin embargo no incurrieran en ellas por snobismo o falta de creatividad como ellos, sino porque su lengua era así de complicada.

(p. 322)

Aunque afirma no saber tanto como para traducir literatura, Zevi pone en evidencia a la nueva recurriendo a ejemplos de falsos amigos en ruso y critica el hecho de que «la gente que habla lenguas romances se cree que las puede traducir todas sin conocerlas» (p. 323). Con todo, Celeste empieza a acudir a Zevi con una decena de dudas sobre una sola página, y él se siente humillado por tener que enseñar a traducir desde cero a quien la empresa ha elegido para reemplazarle. Tras recomendarle una gramática francesa «y preventivamente también otra de inglés» (p. 325), Zevi va desgranando para sí su personal teoría sobre los secretos del oficio.

Pero traducir textos sofisticados es distinto. No es cuestión de oído, ni de fluidez, sino de oficio e inteligencia. Para eso es cien veces mejor punto de apoyo haber traducido en la escuela un poco de latín, griego u otro rompecabezas gramatical que dominar con perfecta fluidez el propio inglés elemental de una conversación cotidiana. [...] Con miles de páginas traducidas sabía que cualquier idioma ofrece periódicamente al traductor verdaderos teoremas de Fermat, problemas casi irresolubles o ambigüedades que sólo parecen poder traducirse con dos frases contradictorias simultáneamente, a menos que uno tenga un oficio completamente acabado y evite las trampas. Entrenarla en eso habría sido darle las llaves del oficio. A eso no estaba dispuesto.

(p. 326)

Es evidente que las figuras del traductor que representan a su manera Zevi y Celeste están insertas en la realidad argentina, donde, según tengo entendido, la formación traductológica ha estado tradicionalmente ligada a la figura del «traductor público», similar a la del traductor jurado, aunque cada vez son más las universidades que ofrecen grados en Traducción. Sin embargo, creo que más allá de particularidades propias de una u otra cultura, el divertido encuentro entre dos generaciones de traductores sirve como telón de fondo para plantear aspectos fundamentales de la formación de un traductor que no siempre tienen su reflejo en los planes de estudio.

Ver todos los artículos de «El traductor con/como motivo de sí mismo.
Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra»

(1) Benesdra, Salvador. 2003. *El traductor*. 2.ª edición. [1998] Buenos Aires: Ediciones de la Flor. | volver |

TRADUCTOLOGÍA

**El traductor con/como motivo de sí mismo.
Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de
Salvador Benesdra (7)**

Por Belén Santana

Esta última entrega de la serie dedicada a la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra¹, se propone abordar la relación del protagonista con la locura. Esta relación se inscribe en un marco narrativo en el que, en línea con el «giro ficcional» de los estudios de Traducción ya descrito, el traductor como personaje es portador de un mensaje de vital importancia, como sucede por ejemplo en textos religiosos o de ciencia ficción. En el caso de esta novela veremos cómo Benesdra combina rasgos de ambos géneros.

Obsesionado con su papel de intermediario entre universos de ideas, fascinado por la contradicción ideológica que en él despierta lo que traduce y perplejo ante los cambios radicales que sufre en su vida íntima y profesional, Ricardo Zevi acaba sumergido en un delirio autorreflexivo que le lleva a creerse intermediario, sí, pero de extraterrestres y portador de una misión sobrehumana. Este aspecto mesiánico adquiere evidentes tintes religiosos cuando Zevi se compara con Shabbetai Zvi, un personaje histórico considerado el «falso mesías» más conocido de la historia judía. Sin embargo, lo que me interesa destacar aquí es la función del traductor como portador de un mensaje trascendente (visible para él pero invisible para la sociedad) y las dudas que ello suscita en el protagonista:

¿Pero por qué me había sido dicho a mí? Justo a mí. ¿Acaso no eras el traductor? Ricardo, eras el traductor. El que había estado buscando los puentes, las transiciones, las reglas de pasaje y conversión, los códigos capaces de traducir el odio de un lenguaje a otro, el amor de un sentido a otro, la visión de un polo a otro, el orgullo del de abajo en los términos del patrón, el deseo del amo en las fórmulas del esclavo, el colectivismo de los individualistas en el individualismo de los comunistas, el derecho de sangre europeo en las fórmulas americanas del linaje por inmigración. ¿No tenías también tus títulos para haber atravesado el umbral de esa comunicación? ¿Los tenías? ¿Podías recordarlos?

(p. 481)

Tras deambular sin rumbo y presa de sus alucinaciones por la noche bonaerense, Zevi acaba desplomado en un portal. Allí es detenido y posteriormente internado en el J. T. Borda con el diagnóstico de demencia autista. Benesdra se sirve de los nueve días que el protagonista pasa en el manicomio para lanzar una durísima crítica contra la Psiquiatría oficial, cuyos excesos parece conocer de primera mano. Lo más interesante es que la locura está siempre relacionada con el lenguaje: durante un brote inducido por una dosis caballar de antidelirante, Zevi emprende una especie de retorno a Babel y se despierta mezclando todos los idiomas que conoce.

Sin embargo, es también en el Borda donde Zevi logra eludir la medicación y toma conciencia del propio desvarío. Tras escapar del manicomio con una facilidad pasmosa, Zevi recupera la cordura y comprueba que todo ha sido fruto del empeño en buscar una explicación imposible a pensamientos que no hacen más que delatar los propios miedos. La novela termina con una interesante reflexión sobre la percepción de lo que es (o no) realmente importante; dicho de otro modo: el traductor interpreta, pero también malinterpreta. Así, Zevi reconoce el peligro de creerse el elegido, el único capaz de estructurar la realidad. Tras sucumbir a su propia idea, el traductor abandona la editorial para ponerse al volante de un taxi: «Mi utopía dejó de ser el superhombre y se refugió en la todavía más ambiciosa visión de un mundo con cuentas más claras entre socios que nunca alejan la espalda de la pared porque conocen los riesgos del ataque sorpresivo» (p. 637).

A pesar de un final esperanzador, la figura del traductor profesional no sale del todo bien parada, pues el protagonista sufre un personal vía crucis que le hace transitar por la senda de la locura y terminar convertido en taxista. Si bien el qué de la historia está vinculado a la realidad argentina y el cómo a la personalidad extraordinaria del autor, creo que esta novela invita a reflexionar sobre el traductor con/como motivo de sí mismo. Espero que esta serie haya servido para descubrir la lectura densa y poliédrica de un autor-traductor que no deja indiferente.

**Ver todos los artículos de «El traductor con/como motivo de sí mismo.
Reflexiones a partir de la novela *El traductor*, de Salvador Benesdra»**

(1) Benesdra, Salvador. 2003. *El traductor*. 2.ª edición. [1998] Buenos Aires: Ediciones de la Flor. | [volver](#) |